
Un gusto recién adquirido

Rosa Isela González Rivas

Estudiante de la Escuela Normal Primaria “Profra. Leonarda Gómez Blanco”, Santa Apolonia, Teacalco, Tlaxcala.

itselaarg@gmail.com

La docencia es una experiencia única, porque convives a lo largo del tiempo con distintos alumnos, cada uno con una historia propia; desde luego, algunas de éstas suelen ser más deseables que otras; por obvias razones, son relatos que a muchos nos hubiera gustado vivir o, simplemente, no se los deseas a nadie. Lo cierto en todo esto son dos cosas: no hay historias perfectas, pero también, cada una de ellas quedan registradas en la memoria de los docentes porque, indiscutiblemente, son estos sujetos los que observan sus consecuencias, en virtud de que ocurren al interior del aula; espacio o lugar donde se puede hacer o marcar una gran diferencia.

Una de ellas se quedó grabada en mí cuando recién comencé mi formación docente, por el enorme impacto que suelen tener los docentes en los alumnos, sea para bien o para mal porque, como se sabe, una acción de solidaridad, empatía o de otra naturaleza, puede marcar la vida de un niño.

Ahora que me encuentro de lleno en esto que se llama docencia, justamente es lo que más me preocupa: ¿cómo me recordarán mis alumnos en algunos años, incluso, si sólo estuvieron conmigo durante mis prácticas profesionales que nos programa la escuela Normal? Tengo la esperanza de que mis errores de practicante no hayan sido tan graves para que los niños me recuerden como la practicante a la que quizás no le hayan entendido nada de lo que quiso enseñar, o a aquella que ni siquiera quisieran recordar.

Al hacer memoria de mis intensos días de alumna en los diferentes niveles educativos, y de los docentes y practicantes con los que me encontré en el camino, puedo recordar a cada uno de ellos, algunos más que otros, por supuesto; por ejemplo, recuerdo a aquel docente que me dejó sin recreo en primer grado de primaria, o al practicante que se puso nervioso al explicar asuntos relacionados con los cambios en la adoles-

cencia; también a la docente que me regañó de una forma terrible en la secundaria, o a aquellos docentes cuyas acciones y palabras tuvieron un efecto positivo en mi persona y que me hicieron apreciar la escuela; no obstante, a todos ellos, sólo me queda agradecerles lo aprendido.

Y lo agradezco porque ahora, durante mi formación docente, ha sido raro el que extrañe a cada grupo de alumnos con los que me he encontrado en esta corta experiencia; todos mis grupos y los estudiantes con los que he compartido han dejado una experiencia significativa y única que, si llegara el momento en que tuviera que elegir a alguno de ellos, no podría decidirlo porque me quedaría con todos.

Ello precisamente me ha llevado a preguntarme, ¿qué o quién es un alumno inolvidable? Quizás sea el más travieso que, de tanto llamarle la atención, puedo recordar perfectamente su nombre cuando a cada rato le decía; ¡Jacob no corras!, ¡Jacob no te subas a la silla!, ¡Jacob! ¡Jacob! También, a mi mente viene, otro niño que no supe que decirle cuando lo escuché mencionar que en navidad se cumplía un año desde el fallecimiento de su padre. Cómo olvidar a otro pequeño que no supe cómo ayudarlo en el momento en que me pidió ayuda cuando me decía: “Nadie me quiere”, porque sus padres nunca le prestaban atención. Imposible olvidar a aquella niña cuyos padres se estaban divorciando y, por esta misma situación, la separaron de su hermano.

Ahora que lo pienso, podría seguir enumerando varios de mis alumnos; quizá años más tarde los olvide, sin embargo, creo que ellos han sido el motivo de mi profesión y el porqué de mi gusto por ser docente.

Es, aquella primera vez cuando estás frente a ellos, que la docencia comienza a cobrar sentido, ya sea que alguno de ellos te tire el refresco encima, cuando otro te hace reír con sus ocurrencias o cuando tienen la enorme capacidad de desesperarte y alegrarte el día cuando más lo necesitas.

Si en este momento alguien me preguntara el porqué quiero ser docente, sencillamente le respondería que es por ellos, porque si buscara otra razón por la cual podría o quisiera serlo, creo que abandonaría la docencia definitivamente.

Esto, y la esperanza de contagiarles el gusto por aprender, porque a través de ello pueden ser mejores personas, es y ha sido un buen motivo para querer ser docente.